

que vedo, El mundo por de dentro

—Eficaces palabras tienes, buen viejo: traído me has a alma a mí, que me la llevaban embalecadats vanos desos.
 —¿Quién eres, de dónde, y qué haces por aquí?
 —Mi hábito y traje dice que soy hombre de bien y amigo de decir verdades, en lo roto y poco medrado; y lo peor que tu vida tiene es no haberme visto la cara hasta ahora. Yo soy el Desengaño; estos rasgones de la ropa son de los tirones que dan de mí los que dicen en el mundo que me quieren estos cardenales del rostro, esos golpes y coces me dan cuando llegando, porque vine y por que me vaya;¹⁷ que en el mundo todos decís que queréis desengañar, y en tentándole, unos desesperáis, otros maldicís a quien os le dio, y los más corteses no le creéis. Si tú quieres, hijo, ver el mundo, ven conmigo, que yo te llevaré a su calle mayor, que es adonde sales esas otras, y allí verás juntos los que por aquí van dividiéndose sin cansarte. Y yo te enseñaré el mundo como es, que tú alcanzas a ver sino lo que parece.¹⁸

—¿Y cómo se llama —dije yo— la calle mayor del mundo donde hemos de ir?¹⁹
 —Se llama —respondió— Hipocresía, calle que empieza con el mundo y se acabará con él: y no hay nadie casi que no tenga una casa, un cuarto o un aposento en ella.²⁰ Unos son vecinos y otros pasantes, que hay muchas diferencias de hipócritas, y todos cuantos ves por ahí lo son.

—¿No ves los viejos, hipócritas de barbas con las canas envainadas en tinta, querer en todo parecer muchachos?²¹
 —¿No ves a los niños y manebos precalarse de dar consejos y presumir de cuerdos? Pues todo es hipocresía.
 —¿Pues en los nombres de las cosas no la hay, la mayor del mundo? El zapatero de viejo se llama entretenedor del calzador, el botero, sastrer del vino que le hace de vestir, el mozo de mulas, gentil hombre del camino; el bodegón, estado; el bodegonero, contador; el verdadero se llama miembro de justicia, y el corchete, criado; el fullero, cierto; el ventero, huésped; la taberna, ermita; la putería, casa; las putas, damas; las alcahuetas, dueñas; los comudos, honrados; amidad llaman el amancebamiento; trato, la usura; burla, la estira; gracia, la mentira; donaire, la malicia; descuido, la bellaquería; valiente al desvergonzado; cortésno al vagabundo; al negro, moreno; señor maestro al albartero, y señor doctor al platicante.²² Así que no son lo que parecen ni lo que se llaman: Hipocritas en el nombre y en el hecho.

Kowensky, Calynuk svéh



Ecol. 1, 2, 15)

Мои доси
 svetské larva
 odkryta



u Šalomoun, kterýž až potud dívaje se tiše seděl, děle se již držeti nemoha, hlasem velikým volati začal: „Marnost nad marnostmi, a všecko marnosti! Tak-liž co kritičnoho jest, zpřimiti se nemůž? nelze-liž ani nedostatků sčísti?“ A povstav, i zástup jeho veskeren, s hřmotem velikým, ubírá se přímo k trůnu královny (aniž tomu buď ta vzteklá Pošta, aneb drabantí z obou stran překaziti co mohli: protože křikem a bleskem jeho zaraženi byli, jako i sama s radami svými královna).¹ On tedy vztáhná ruku, seime z obličje jejího zadržím, kterýž až se prvě cosi draheho a stkvouchoho zdálo, nenašlo se však býti než pavučinou. A aj, tvář její se ukázala bledá, však odutá, červenosti sic něco na lících, však líčené (což se odlupováním po mistech znamenalo) mající; ruce tolikéž prašivé spatřím, a všecko tělo nemilé; i dýchání její smrduté. Čehož sem já se zděsil i všickni přítomní, že jsme jako strnutí stáli.

I jejím raddám Salomoun pak obrátiv se k raddám domnělé té královny, zodjímá i jim larvy a řekl: „Vidím, že na místě Spravedlnosti Nespravedlnost panuje a na místě Svatositi Ohavnost. Bedlivost vaše jest Podhlídavost,² Opatrnost vaše Chytrost; Privěhivost vaše Pochlepenství; Pravda vaše Tučnosť jen; Horlivost vaše Vzteklost; Udatnost vaše Opovážlivost; Mlhost vaše Bůžnost; Pracovitost vaše Otvorctví; Důvtipnost vaše Dominátka; Nábožnost vaše Pokystriví etc. Vy-liž na místě Boha Všemohouchoho světřiditi máte? Přivedeť Bůh na soud všelky skutek a každou věc tajnou, buďto dobrou nebo zlou. Já pak půjdu a hlásati všemu světu budu, aby se svoditi a mániti nedali.“

Gričkan, El Cribas

Gričaba otro:
 —Daos prisa a comprar, que mientras más tardáis, más perdéis, y no podréis recuperarlo por ningún precio!
 Este redimí el tiempo.
 —Aquí —dixela otro— se da de balde lo que vale mucho.

—¿Y qué es?
 —El escarmiento.
 —¿Gran cosa? —¿Qué cuesta?
 —Los necios le compran a su costa; los sabios, a la agena.
 —¿Dónde se vende la experiencia? —preguntó Gričko—; que también vale mucho.
 —Y señaláronle acullá leños en la botica de los años.
 —¿Y la amistad? —preguntó Andrenio.
 —Esa, señor, no se compra, aunque muchos la venden: que los amigos comprados no lo son y valen poco.
 Con letras de oro dexía en una: Aquí se vende todo y sin precio.
 —Aquí entro yo —dixo Gričko.
 Hallaron tan pobre al vendedor, que estaba desnudo y toda la tienda desierta: no se veía cosa en ella.
 —¿Cómo dize³ esto con el leterero?
 —Muy bien —respondió el mercader.
 —Pues ¿qué vendéis?
 —Todo cuanto hay en el mundo.
 —¿Y sin precio?
 —Sí, porque con desprecio: despreciando cuanto hay, se-kéis señor de todo; y al contrario, el que estima las cosas no es señor de ellas, sino ellas del. Aquí el que da se queda con la cosa dada, y le vale mucho, y los que la reciben quedan muy pagados con ella.
 —¿Averiguaron era la cortesía y el honrar a todo el mundo.
 —Aquí se vende —pregonaba uno— lo que es proprio, no lo ageno!
 —¿Qué mucho es esso? —dixo Andrenio.
 —Sí es, que muchos os venderán la diligencia que no hacen, el favor que no pueden y, aunque pudieran, no le hicieron.
 Fuéronse encaminando a una tienda, donde con gran ruido los mercaderes les hizieron retirar, y con cuantos se allegaban hazian lo mismo.
 —¿O vendéis, o no? —dixo Andrenio—. Nunca tal se ha visto, que el mismo mercader desvie los compradores de su tienda. ¿Qué pretendéis con esso?
 Gričkonles otra vez se apartassen y que comprassen de leños.

Pasos de un peregrino son errante
cuantos me dió versos dulce Musa
en soledad confusa,
perdidos unos, otros inspirados.

SOLEDAD PRIMERA

Era del año la estación florida
en que el mentido robador de Europa
(media luna las armas de su frente,
y el Sol todos los rayos de su pelo),
inciente hólor del cielo,
en campos de zafiro pace estrellas,
cuando el que ministrar podía la copa
a Júpiter mejor que el garzón de Ida,
náufrago, y desdeñado sobre ausente,
lagrimosas de amor dulces querellas

da al mar que condolido,
fué a las ondas, fué al viento
el misero gemido,
segundo de Arrión dulce instrumento.
Del siempre en la montaña opuesto pino
al enemigo Noto,
piadoso miembro roto,
breve tabla Delphinio fué pequeño
al inconsistido peregrino,
que a una Libia de ondas su camino
fó, y su vida a un leño
Del Océano pues antes sorbido,
y luego vomitado
no lejos de un escollo coronado
de secos juncos, de caliente pluma,
alga todo y espumas

halló hospitalidad donde halló nido
de Júpiter el ave.
Besa la arena, y de la rota nave
aquella parte poca
que le expuso en la playa dió a la roca;
que aun se dejan las peñas
hisonjear de agradecidas señas.

No bien pues de su luz los horizontes,
que hacían desigual, confusamente,
montes de agua y piélagos de montes,
desdorados los sienten,

cuando entregado el misero extranjero
en lo que ya del mar redimió fiero,
entre espumas crepúsculos pisando,
riscos que aun igualan a mal volando
veloz, intrépida ala
menos cansado que confuso, escala.
Venida al fin la cumbre
del mar siempre sonante,
de la muda campaña,
árbolito igual e inexpugnable muro,
con pie ya más seguro
declina al vacilante
breve esplendor del mal distinta lumbre,
fatol de una cabaña
que sobre el ferro está en aquel incierto
golfo de sombras anunciando el puerto.

«Aquellas que los árboles apenas
dejan ser torres hoy, dijo el cabrero
con muestras de dolor extraordinarias,
las estrellas nocturnas luminarias,
eran de sus almenas,
cuabado el que ves sayal fué limpio acero.
Yacén ahora, y sus desnudas piedras
visten pedregosas yedras:
que a ruinas y a estragos,
sabe el tiempo hacer verdes halagos.»

«Ayudaz mi pensamiento
el Cent escalo, plumas vestido,
si no ha dado su nombre a tus espumas,
de sus vestidas plumas
conservarán el desvanecimiento
los anales diáfanos del viento.»

El peregrino pues, haciendo en tanto
instrumento el bajel, cuerdas los remos,
al Céfito encomienda los extremos
deste métrico llanto:

«Si de aire articulado
no son dolientes lágrimas sifaves
estas mis quejas graves,
voces de sangre, y sangre son del alma.
Fielas de tu calma,
ô mar, quien otra vez las ha fiado
de tu fortuna aun más que de su hado.

«Ô mar, ô tú, supremo
moderador piadoso de mis daños!
Tuyos serán mis años,
en tabla redimidos poco fuerte
de la bebida muerte,
que ser quiso en aquel peligro extremo,
ella el forzado y su guadaña el remo.

«Regiones pise ajenas,
o clima propio, planta mía perdida.
Tuya será mi vida,
si vida me ha dejado que sea tuya
quien me fuerza a que huya
de su prisión, dejando mis cadenas
rastros en tus ondas más que en tus arenas.

«Ayudaz mi pensamiento
el Cent escalo, plumas vestido,
si no ha dado su nombre a tus espumas,
de sus vestidas plumas
conservarán el desvanecimiento
los anales diáfanos del viento.»

2

Soledad Segunda

Cielo - mar
bajel - vientos
pasos - espumas
vaca - vientos
bajel - vientos

Cielo

MAN

Fracaso - vientos

Paster

Collas

605

220

610

en el papel diáfano del cielo
las plumas de su vuelo.

aspecto feudal del edificio. Al pasar junto a la puerta de una de las habitaciones del entresuelo, Juanito la vio abierta y, lo que es natural, miró hacia dentro, pues todos los accidentes de aquel recinto despertaban en sumo grado su curiosidad. Pensó no ver nada, y vio algo que de pronto le impresionó: una mujer bonita, joven, alta... Parecía estar en acecho, movida de una curiosidad semejante a la de Santa Cruz, deseando saber quién demonios subía a tales horas por aquella endiablada escalera. La moza tenía pañuelo azul claro por la cabeza y un mantón sobre los hombros, y en el momento de ver al Delfín, se infló con él, quiero decir, que hizo ese característico arqueo de brazos y alzamiento de hombros con que las madrileñas del pueblo se agasajan dentro del mantón, movimiento que les da cierta semejanza con una gallina que esponja su plumaje y se ahueca para volver luego a su volumen natural.

Juanito no pecaba de corto, y al ver a la chica y observar lo linda que era y lo bien calzada que estaba, diéronle ganas de tomarse confianzas con ella.

—¿Vive aquí?—le preguntó—el señor de Estupiñá?

—¿Don Plácido?... En los *más últimos de arriba*—contestó la joven, dando algunos pasos hacia fuera.

Y Juanito pensó: «Tú sales para que te vea el pie. Buena bota...» Pensando esto advirtió que la muchacha sacaba del mantón una mano con mitón encarnado y que se la llevaba a la boca. La confianza se desbordaba del pecho del joven Santa Cruz, y no pudo menos de decir:

—¿Qué come usted, criatura?

—¿No lo ve usted?—replicó mostrándosele—. Un huevo.

—¡Un huevo crudo!

Con mucho donaire, la muchacha se llevó a la boca por segunda vez el huevo roto y se atizó otro sorbo.

—No sé cómo puede usted comer esas babas crudas—dijo Santa Cruz, no hallando mejor modo de trabar conversación.

—Mejor que guisadas. ¿Quiere usted?—replicó ella ofreciendo al Delfín lo que en el cascarón quedaba.

Por entre los dedos de la chica se escurrían aquellas babas gelatinosas y transparentes. Tuvo tentaciones Juanito de aceptar la oferta, pero no; le repugnaban los huevos crudos.

—No, gracias.

Ella entonces se lo acabó de sorber y arrojó el cascarón, que fue a estrellarse contra la pared del tramo inferior. Estaba limpiándose los dedos con el pañuelo, y Juanito, discutiendo por dónde pegaría la hebra, cuando sonó abajo una voz terrible que dijo: *¡Fortunada!* Entonces la chica se inclinó en el pasamanos y soltó un *yíá voy*, con chillido tan penetrante, que Juanito creyó se le desgarraba el tímpano. El *yíá*, principalmente, sonó como la vibración agudísima de una hoja de acero al deslizarse sobre otra. Y al soltar aquel sonido, digno canto de tal ave, la moza se arrojó con tanta presteza por las escaleras abajo, que parecía rodar por ellas. Juanito la vio desaparecer, oía el ruido de su ropa azotando los pedruzcos de piedra y creyó que se mataba. Todo quedó al fin en silencio, y de nuevo emprendió el joven su ascensión penosa. En la escalera no volvió a encontrar a nadie, ni una mosca siquiera, ni oyó más que el ruido de sus propios pasos.

Cuando Estupiñá le vio entrar, sintió tanta alegría que a punto estuvo de ponerse bueno instantáneamente por la sola virtud del contento. No estaba el hablador en la cama, sino en un sillón, porque el lecho le estaba, y la mitad inferior de su cuerpo no se veía, porque estaba ligado como las momias y envuelto en mantas y trapos diferentes. Cubría su cabeza, orejas inclusive, el gorro negro de punto que usaba dentro de la iglesia. Más que los dolores reumáticos molestaba al enfermo el no tener con quien hablar, pues la mujer que le servía, una tal doña Brígida, patrona o ama de llaves, era muy displicente y de pocas palabras. No poseía Estupiñá ningún libro, pues no necesitaba de ellos para instruirse. Su biblioteca era la sociedad, y sus textos, las palabras calentitas de los vivos. Su ciencia era su fe religiosa, y ni para rezar necesitaba brevarios ni florilegios, pues todas las oraciones las sabía de memoria. Lo impreso era para él música, garabatos que no sirven de nada. Uno de los hombres que menos admiraba Plácido era Gutenberg. Pero el aburrimiento de su enfermedad le hizo desear la compañía de alguno de estos habladores mudos que llamamos libros. Busca por aquí, busca por allá, y no se encontraba cosa impresa. Por fin, en polvoriento arcon halló doña Brígida un mamotreto perteneciente a un exclaustro que moró en la misma casa allá por el año 40. Abriólo Estupiñá con respeto, ¿y qué era? El tomo undécimo del *Boletín Eclesiástico de la dió-*

Azoria camina por la carretera del este. Y en un alto de la verduosa loma, en medio de un gran reuñesto tapizado de césped, se detiene y contempla la lejanía... El telegrafista rezonguea sonoramente; un gallo canta; por la carretera van lentamente coches negros, coches blancos; detrás los rippers repletos de figuras negras cascabelean, los simones en larga hilera espiegan al sol en sus barnices. En frente, sobre una colina verde, destacan edificios rojizos que marcan su silueta en el azul blanquecino del horizonte, y un arrojado de claros árboles raya el cielo con su ramaje seco. A la derecha, aparecen los grandes cortados y socavos amarillentos de los tejares, y así y allí, los manchones rojos de las pilas de ladrillos; más lejos, cerrando el panorama, la inmensa mole del Guadarrama, con las cspidas blancas de nieve, con artisas y resaltes de azul negrozco... Dos, tres blancas humaredas se disuñen en la lejanía suavemente; por la carretera pasan coches y coches; los cocheros gritan: ¡Yá! ¡Yá!; el aire en grandes ráfagas trae las notas de los organillos, cacareos de gallos, ladridos. Cerca, un rebano pasta en el césped; las ovejas balan; se oye el silbido largo, *ondulante*, de una locomotora; y de cuando en cuando, incitante-mente, llega el ruido lejano de cuatro ó seis detonaciones.

Y Azoria, cansado de sus diez años de Madrid, hincado de periódicos y de libros, piensa en esta danza frenética é inútil de vivos y de muertos... Y regresa por la carretera lentamente. Van y vienen coches negros, coches blancos; un hombre pasa de prisa con una camisa gris al hombro; en la tapa dice: *S. Juan de Dios*. A lo lejos suena roncamente el batir de tambores; viento trae el *¡ó-ó-ó* amónico de una locomotora. Y mientras cae la tarde, ante los barracones asordados, mientras tocan los organillos y se baila frenéticamente, y los mozos van y vienen con platos, y se grita, y se canta, y se remueve en espasmo positivo la turba lujuriosa de chulapos y fregonas, Azoria, emocionado, estremecido, ve pasar un coche blanco, con una capota blanca cubierta de flores, y en torno al coche, un círculo de niñas que lleva cada una su ciria, y caminan fatigadas, silenciosas, desde la lejana ciudad al cementerio lejano...

Y ya en Madrid, tendido, anonadado, postrado de la emoción tremenda de esta pesadilla de la Lujuria, el Dolor y la Muerte, Azoria piensa un momento en la dolorosa, inútil y estúpida evolución de los mundos hacia la Nada...

Azoria, la voluntad, 1902



Uraniano, San Manuel Bueno Muerto, 1930

intentar siquiera calcuizarle, convertirle de otra manera.

—Pero es posible? —exclamé, consternada.

—Y tan posible, hermana, y tan posible! Y cuando yo le decía: «Pero ¿es usted, usted, el sacerdote, el que aconseja que finja?», él, balbuciente: «¿Finjar? ¿Finjar no!, ¡eso no es fingir! Toma agua bendita que dijo al güer^{2o} y acabará creyendo.» Y como yo, mirándole a los ojos, le dije: «¿Y usted celebrando misa ha acabado por creer?», él bajó la mirada al lago y se le llenaron los ojos de lágrimas. Y así es como le arranqué su secreto.

—¿Lázaro! —gemí.

Y en aquel momento pasó por la calle Blasillo el bobo, clamando su: «¡Dios mío, Dios mío!, ¡por qué me has abandonado?» Y Lázaro se estremeció creyendo oír la voz de don Manuel, acaso la de Nuestro Señor Jesucristo.

—Entonces —prosiguió mi hermano— comprendí sus móviles y con esto comprendí su santidad; porque es un santo, hermana, todo un santo. No trataba, al emprender ganarme para su santa causa —porque es una causa santa, santísima—, arrogarse un triunfo, sino que lo hacía por la paz, por la felicidad, por la ilusión si quieres, de los que le están encomendados; comprendí que si les engaña así —si es que esto es engaño— no es por medrar. Me tendí a sus razones; y he aquí mi conversión. Y no me olvidaré jamás del día en que diciéndole yo: «Pero, don Manuel, la verdad, la verdad ante todo», él temblando, me susurró al oído

205
200
195

^{2a} García de la Concha acertadamente indica que «dijo alguien» se refiere a Pascal en sus *Pensées*. Estas relaciones con Pascal ya las había estudiado Juan López-Monillas en su artículo «Uraniano and Pascal» *PMLA* 65 (1950), 988-1010. Véase la introducción de García de la Concha a su edición de *San Manuel Bueno, muerto* y también las anotaciones que Uraniano hizo a los *Pensées* que he recogido en mi libro *An Uraniano Source Book: A Catalogue of Readings and Acquisitions with an Introductory Essay on Uraniano's Diabolical Enquiry*, xxxviii, 184.

—y eso que estábamos solos en medio del campo: «¿La verdad? La verdad, Lázaro, es acaso algo terrible, algo intolerable, algo mortal; la gente sencilla no podría vivir con ella.» Y ¿por qué me la decía entonces ahora aquí, como en confesión?, le dije. Y él: «Porque si no me atormentaría tanto, tanto, que acabaría gritándola en medio de la plaza, y eso jamás, jamás, jamás. Yo estoy para hacer vivir a las almas de mis feligreses, para hacerlos felices; para hacerles que se sientan inmortales y no para matarlos. Lo que aquí hace falta es que vivan sanamente, que vivan en unanimidad de sentido, y con la verdad, con mi verdad, no vivieran. Que vivan. Y esto hace la Iglesia, hacerlos vivir. ¿Religión verdadera? Todas las religiones son verdaderas en cuanto hacen vivir espiritualmente a los pueblos que las profesan, en cuanto les consuelan de haber tenido que nacer para morir, y para cada pueblo la religión más verdadera es la suya, la que le ha hecho. ¿Y la mía? La mía es consolarme en consolar a los demás, aunque el consuelo que les doy no sea el mío.» Jamás olvidaré éstas sus palabras.

225 —Pero esa comunión tuya ha sido un sacrilegio! —me atreví a insinuar, arrepiñténdome al punto de haberlo insinuado.

220 —¿Sacrilegio? ¿Y él, que me la dio? ¿Y sus misas? —¿Qué matino! —exclamé.

215 —Y ahora —añadió mi hermano— hay otro más para consolar al pueblo.

210 —¿Para engañarle? —dije.

205 —Para engañarle, no —me replicó—, sino para corrobórarle en su fe.

200 —Y el pueblo —dije—, ¿crede de veras?

195 —¡Qué sé yo...! Cree sin querer, por hábito, por tradición. Y lo que hace falta es no despertarle. Y que viva en su pobreza de sentimientos para que no ad-

Linca 212: *on*, antes de *confesión*, eliminada (ed. 1931) y agregada en 1933.

XXXIV

Me dijo en alba de la primavera:
 Yo florecí en tu corazón sombrío
 ha muchos años, caminante viejo
 que no cortas las flores del camino.
 Tu corazón de sombra, ¿acaso guarda
 el viejo aroma de mis viejos lirios?
 ¿Perfuman aún mis rosas la alba frente
 del hada de tu sueño adamanantino?

Respondí a la mañana:
 Sólo tienen cristal los sueños míos.
 Yo no conozco el hada de mis sueños;
 ni sé si está mi corazón florido.
 Pero si aguardas la mañana pura
 que ha de romper el vaso cristallino,
 quizás el hada te dará tus rosas,
 mi corazón tus lirios.

Quiso el poeta recordar a solas,
 las ondas bien amadas, la luz de los cabellos
 que él llamaba en sus rimas rubias olas.
 Leyó... La letra mata: no se acordaba de ellos...
 Y un día... como tantos... al aspirar un día
 aromas de una rosa que en el rosal se abría,
 brotó como una llama la luz de los cabellos
 que él en sus madrigales llamaba rubias olas,
 brotó, porque una aroma igual tuvieron ellos...
 Y se alejó en silencio para llorar a solas.

(1907)

XXXVII

¡Oh, dime, noche amiga, amada vieja,
 que me traes el retablo de mis sueños
 siempre desierto y desolado, y sólo
 con mi fantasma dentro,
 mi pobre sombra triste
 sobre la estepa y bajo el sol de fuego,
 o soñando amartrúgas
 en las voces de todos los misterios,
 dime, si sabes, vieja amada, dime
 si son más las lágrimas que viento!
 Me respondió la noche:
 Jamás me revelaste tu secreto.

Yo nunca supe, amado,
 si eras tú ese fantasma de tu sueño,
 ni averigüé si era su voz la tuya,
 o era la voz de un histrión grotesco.
 Dije a la noche: Amada mentirosa,
 tú sabes mi secreto;
 tú has visto la honda gruta
 donde fabrica su cristal mi sueño,
 y sabes que mis lágrimas son más,
 y sabes mi dolor, mi dolor viejo.

¡Oh! Yo no sé, dijo la noche, amado,
 yo no sé tu secreto,
 aunque he visto vagar ese, que dices
 desolado fantasma, por tu sueño.
 Yo me asomo a las almas cuando lloran
 y escucho su hondo rezo,
 humilde y solitario,
 ese que llamas salmo verdadero;
 pero en las hondas bóvedas del alma
 no sé si el llanto es una voz o un eco.
 Para escuchar tu queja de tus labios
 yo te busqué en tu sueño,
 y allí te vi vagando en un borroso
 laberinto de espejos.

Es una tarde cenicienta y mustia,
 destarralada, como el alma mía;
 y es esta vieja angustia
 que habrá mi usual hipocondría.
 La causa de esta angustia no consigo
 ni vagamente comprender siquiera;
 pero recuerdo y, recordando, digo:
 —Sí, yo era niño, y tú, mi compañera.

En nuestras almas todo
 por misteriosa mano se gobierna.

[11]

Incomprensibles, mudas,
 nada sabemos de las almas nuestras.
 Las más hondas palabras
 del sabio nos enseñan,
 lo que el silbar del viento cuando sopla,
 o el sonar de las aguas cuando ruedan.

Campos de Sierra

II

Las tierras labrantías,
 como retazos de estameñas pardas,
 el huerrecillo, el abejar, los trozos
 de verde obscuro en que el merino pasta,
 entre plomizos peñascales, siembran
 el sueño alegre de infantil Arcadia.
 En los chozos lejanos del camino,
 parecen humear las yertas ramas,
 como un glauco vapor —las nuevas hojas—
 y en las quietas de valles y barrancas
 blanquean los zarzales florecidos,
 y brotan las violetas perfumadas.

Campos de Castilla (1907 + 1917)

(672)

XXV

(Apuntes tomados por los alumnos de Juan de Mairena.)

En nuestra lógica —habla Mairena a sus alumnos— no se trata de poner el pensamiento de acuerdo consigo mismo, lo que, para nosotros, carece de sentido; pero sí de ponerlo en contacto o en relación con todo lo demás. No sabemos, en verdad, cuál sea, en nuestra lógica, la significación del principio de identidad, por cuanto no podemos probar que nada permanezca idéntico a sí mismo, ni siquiera nuestro pensamiento, puesto que no hay manera de pensar una cosa como igual a sí misma sin pensarla dos veces, y, por ende, como dos cosas distintas, numéricamente al menos.

En nuestra lógica carece de sentido afirmar que el todo sea mayor que la parte, como ya demostramos o pretendimos demostrar. Porque nuestro pensar pretende ser pensar de lo infinito, y lo infinito, o no tiene partes, o, si las tiene, son también infinitas, y no puede haber un infinito mayor que otro. Eso de ningún modo. En nuestra lógica tampoco ha de aprovecharnos el principio de contradicción, o de no contradicción, que llaman otros. Porque no hay cosa que sea lo contrario de lo que es. El ser carece de contrarios. Y donde no hay contrarios no hay posible contradicción. Por nuestra lógica vamos siempre de lo uno a lo otro, que no es su contrario, sino, sencillamente, otra cosa. (Un paraguas dista tanto de ser un membrillo como de ser lo contrario de un membrillo.)

En nuestra lógica, los conceptos de cambio y de movimiento son tan distintos que no es posible asimilar el uno al otro. Lo que se mueve —si algo se mueve— no puede cambiar; lo que cambia, si algo cambia— no puede moverse. (Véase la sección XXI.)¹²²

¹²² Al publicarse en periódico (14 mayo 1935), decía "página 12" en vez de "sección XXV" —es decir, capítulo XXI, p. 126 de esta edición—; no sabemos a qué "página 12" se refería.

En nuestra lógica, las premisas de un silogismo no pueden ser válidas en el momento de enunciar la conclusión. Dicho de otro modo: no hay silogismo posible. Porque nosotros pretendemos pensar en el tiempo, la pura sucesión irreversible, en la cual no es dable la coexistencia de premisas y conclusiones. Y si pensamos

—como algunos suponen— en el espacio, entonces sólo es posible pensar un movimiento de lo inmutable, en el cual ni las premisas pueden engendrar conclusiones, ni las conclusiones pueden estar contenidas en las premisas. Dicho de otro modo: tampoco es posible el silogismo en un puro pensar de lo homogéneo, en que nada puede cambiar, ni siquiera de nombre.

En nuestra lógica se abarca tanto como se aprieta, y la comprensión de un concepto es igual a su extensión.

En nuestra lógica nada puede ponerse a sí mismo.

Ni nada puede ponerse más allá de sí mismo.

Ni salir de sí mismo.

Ni, por ende, tornar a sí mismo.

En nuestra lógica no existe ni el pez pescado ni la mosca que se caza a sí misma.

Conocidos los principios de nuestra lógica, sólo falta aplicarlos. Porque sólo después de su más estricta aplicación, lo que exige un aprendizaje largo y difícil, que ni siquiera hemos comenzado, podremos saber si somos o no capaces de un pensamiento verdaderamente original.

Nuestra lógica pretende ser la de un pensar poético, *heterogenezante, inventor* o descubridor de lo real. Que nuestro propósito sea más o menos irrealizable, en nada amengua la dignidad de nuestro propósito. Mas si éste se lograre algún día, nuestra lógica pasaría a ser la lógica del sentido común. Y entonces se desenterraría la vieja lógica aristotélica, la cual aparecería como un artificio maravilloso que empleó el pensamiento humano, durante siglos, para andar por casa. Ya ni maestro, Abel Martín, se había adelantado a colocarse en este miradero.

García Marín, 1935

Ahí tienes el *ichneumon*, que mete sus huevos en una lombriz y la inyecta una sustancia que obra como el cloroformo; el *sphex*, que coge las arañas pequeñas, las agarrota, las sujeta y envuelve en la tela y las echas vivas en las celdas de sus larvas para que las vayan devorando; ahí están las avispas, que hacen lo mismo arrojando al *spoharium* que sirve de despensa para sus crías, los pequeños insectos paralizados por un lancetazo que les dan con el aguijón en los ganglios motores; ahí está el *estafilino* que se lanza a traición sobre otro individuo de su especie, le sujeta, le hiere y le absorbe los jugos; ahí está el *meloe*, que penetra subrepticamente en los panales de las abejas, se introduce en el alvéolo en donde la reina pone su larva, se arraca de miel y luego se come a la larva; ahí está...

—Sí, sí, no siga usted más; la vida es una cacería horrible.

—La naturaleza es lo que tiene; cuando trata de revertir a uno, lo revienta a conciencia. La justicia es una ilusión humana; en el fondo todo es destruir, todo es crear. Cazar, guerrear, digerir, respirar, son formas de creación y de destrucción al mismo tiempo.

—Y entonces, ¿qué hacer? —murmuró Andrés.—
¿Ir a la inconsciencia? ¿Digerir, guerrear, cazar, con la serenidad de un salvaje?

—¿Crees tú en la serenidad del salvaje? —preguntó Iurrioz.— ¡Qué ilusión! Eso también es una invención nuestra. El salvaje nunca ha ido sereno.

—¿Es que no habrá plan ninguno para vivir con cierto decoro? —preguntó Andrés.

—El que lo tiene es porque ha inventado uno para su uso. Yo hoy creo que todo lo natural, que todo lo espontáneo es malo; que sólo lo artificial, lo creado por el hombre, es bueno. Si pudiera vivirla en un club de Londres, no iría nunca al campo sino a un parque, bebería agua filtrada y respiraría aire esterilizado...

Andrés ya no quiso atender a Iurrioz, que comenzaba a fantasear por entretenimiento. Se levantó y se apoyó en el barandado de la azotea.

Sobre los tejados de la vecindad revoloteaban unas palomas; en un canalón grande corrían y jugueteaban unos gatos.

Separados por una tapia alta había enfrente dos jardines: uno era de un colegio de niñas, el otro de un convento de frailes.

El jardín del convento se hallaba rodeado por árboles frondosos; el del colegio no tenía más que algunos matos con hierbas y flores, y era una cosa extraña que daba cierta impresión de algo alegórico, ver al mismo tiempo jugar a las niñas corriendo y gritando, y a los frailes que pasaban silenciosos en filas de cinco o seis dando la vuelta al patio.

—Vida es lo uno y vida es lo otro —dijo Iurrioz filosóficamente, comenzando a regar sus plantas. Andrés se fue a la calle.

¿Qué hacer? ¿Qué dirección dar a la vida? —se preguntaba con angustia. Y la gente, las cosas, el sol, le parecían sin realidad ante el problema planteado en su cerebro.

Pío Baroja, El árbol de la ciencia, 1914



LA PLAZA

A José Luis Aron

LA PIEDRA está firme y anónima. Sostienen los pilares con gravedad la sombra acogedora.

Aquí alguien habló tal vez a hombres unidos en la misma esperanza.

Tal vez entonces tuvo en verdad la vida cauce común y fue la patria un nombre más extenso de la amistad o del amor.

Aquí latía un solo corazón unánime.

Porque fue este lugar de comunales sueños, reparadas facenas, palabras pronunciadas con idéntica fe.

Tal vez sólo por eso la piedra aún se levanta donde, piadosamente, en el aire extinguido, mi mano toca ahora la soledad.

Jose Angel Sotelo

EL CÁNTARO

El cántaro que tiene la suprema realidad de la forma, creado de la tierra para que el ojo pueda contemplar la frescura.

El cántaro que existe conteniendo, hueco de contener se quebraría inánime. Su forma existe sólo así, sonora y respirada.

de clara curvatura, bella y servil: el cántaro y el campo. El hondo cántaro

8

EL CORONEL PASH,

Boris Pash,

the son of the Metropolitan of the Russian Orth Church in USA,

especializado en CI (Communist Infiltration), y los agentes de la Sección G2, disfrazados de mariposas, de marionetas, de margaritas para el sí y el no, de rodapiés, de esquinas, de floreros, rodearon la casa solitaria de Jean Tatlock en San Francisco donde el Doctor, secretamente vigilado, pasó la noche.

Damaging information.

She was a Red.

Jean Tatlock se quitó la vida.

El Doctor denunció a sus amigos. Después, pacientemente, fabricó una bomba.

They dropped it on Hiroshima.

What have we done, my country

Pete Grim Fover
Arde el mundo 1966
Marzorca con ale día

Vellido Dolfos mató al rey a las puertas de Zamora.

Tres veces la corneja en el camino, y casi color tierra las uñas sobre la barbacana, desmochadas, oh légame, barbas, barbas, Vellido como un simio de mármol más que un fauno en Castilla, no en Florencia de príncipes, brocado y muslos tibios. ¡Trompetas del poniente!

Por un portillo, bárbaro, huidiza la capa, Urraca arriba, el cuévano se teñía de rojo entre sus dedos ásperos, desleíase el cerco bordado en su justillo, quieta estaba la luz en sus ojos de corza sobre el rumor del río lamiendo el farallón. Y es, por ejemplo, ahora

esta lluvia en los claustros de la Universidad, sobre el patio de Letras, en la luz charoliada de los impermeables, retenida en la piel aún más dulce en el hombro, declinando en la espalda como un hilo de bronce, restallando en la yerba palmera del jardín, repicando en la lona de los toscos paraguas, rebrotando en el vidrio.

Gautes grises, rugosos,

pana, marfil, cuchillos, alicates o pinzas sobre el juego de té o baquelita y minibre. Dios, ¿qué fue de mi vida?

Cambia el color del agua, llegan aves de Persia. Kublai Khan ha muerto.

CONTRA JAIME GIL DE BIEDMA

De qué sirve, quisiera yo saber, cambiar de piso, dejar atrás un sótano más negro que mi reputación —y ya es decir— poner visillos blancos y tomar criada, renunciar a la vida de bohemio, si vienes luego tú, pelmazo, embarazoso huésped, memo vestido con mis trajes, zángano de colmena, inútil, cacaseno, con tus manos lavadas, a comer en mi plato y a ensuciar la casa?

Te acompañan las barras de los bares últimos de la noche, los chulos, las floristas, las calles muertas de la madrugada y los ascensores de luz amarilla cuando llegas, borracho, y te paras a verte en el espejo la cara destruida, con ojos todavía violentos que no quieres cerrar. Y si te increpo, y ries, me recuerdas el pasado y dices que envejezco.

Podría recordarte que ya no tienes gracia. Que tu estilo casual y que tu desenfadado resultan truculentos cuando se tienen más de treinta años, y que tu encantadora sonrisa de muchacho soñoliento —seguro de gustar— es un resto penoso,

LAS MANOS DE LAS CAJERAS

Sólo dios sabe por qué se me regaló el don de aprenderme de memoria las manos de todas las cajeras que me han atendido y cobrado alguna vez en mi vida. Es un don inexplicable, frenético cautiverio de los ojos. Cajeras del Carrefour, del Sabeco, de Alcampo, cajeras de todas las tiendas que he visitado, llevo vuestras manos en el disco muy duro de mi memoria. Manos grandes, pequeñas, manos tristes, alianzas, adornos, uñas de todas las formas y de todos los colores, venas bajo la piel, manos atadas a una maquina registradora, manos cansadas, uñas rotas. Falanges señaladas para trabajos poco señalados. Manos siempre pulcra, manos a veces de una belleza fulminante. Manos inspeptadas. Siempre que voy con el carro de la compra, y dejo el azúcar y las galletas en el mostrador, y comienza la cajera el rito de coger con sus manos mi compra, me invade una rabiosa melancolla: miro esas manos que cogen lo que compro, esas manos esclavas, las mías que también lo son, las mías que sacan billetes de una cartera, las manos de ella, con sus uñas pintadas (he visto cien mil uñas encerradas en cien mil colores), los cambios. El Rey de España pasando de mano en mano, ausente él también con su efigie narcotizada, las estupidas galletas, la abundante azúcar. Y es entonces cuando actúa mi memoria. Allí donde solo hay manos muy baratas en trabajos muy duros, yo me aprendo esas manos

(10)

Manuel Vilas, Resurrección, 2005

muy de memoria: dedo a dedo, alianza por alianza, uña a uña, cada falange, cada vena abandonada a su suerte, cada pliegue de la piel, cada forma delicada de los dedos.